

abandoné enteramente al placer y á la licencia. Pasamos una parte de la noche en beber, y la otra en pasear las calles insultando á los que pasaban.

Cuando volví en mí, reinaba en mi alma la paz, y reconocí fácilmente el motivo de los terrores que me habian agitado el dia anterior. No estando bastante aguerrido contra las incertidumbres del saber, habia sido mi miedo como el de un niño que se halla por la primera vez á oscuras. Desde aquel momento determiné fijar mis ideas sobre las opiniones que se habian tratado en el pórtico; frecuentar la biblioteca de un ateniense amigo mio, y aprovecharme de esta ocasion para conocer por menor los diversos ramos de la literatura griega.



CAPITULO XXIX.

BIBLIOTECA DE UN ATENIENSE. CLASE DE FILOSOFIA.

Pisistrato formó, hace dos siglos, una biblioteca, de que disfrutaba el público, y de que se apoderó luego Xerxes, y fué trasladada á Persia. En mi tiempo muchos atenienses habian hecho colecciones de libros; pero la mas considerable era la de Euclides, que la habia heredado de sus padres, y merecia tenerla, pues conocia su precio.

Al entrar en ella, me estremeci de admiracion y de placer. Halléme en medio de los mayores

ingenios de la Grecia, quienes vivian, y respiraban en sus obras, colocadas en derredor de mí : su silencio mismo aumentaba mi respeto : la junta de todos los soberanos de la tierra me hubiera parecido menos respetable. Algunos momentos despues exclamé : ¡ ay ! ; qué de conocimientos negados á los Escitas ! Mas adelante he dicho mas de una vez : ¡ qué de conocimientos inútiles á los hombres !

No hablaré aquí de todas las materias que se emplean para escribir sobre ellas. Sucesivamente se usaron pieles de cabra y de oveja, y diversas especies de telas ; despues se echó mano de un papel hecho de las capas interiores del tallo de una planta que se cria en las lagunas de Egipto, ó en medio de las aguas estancadas, que deja el Nilo despues de su inundacion. De él hacen rollos, á cuya extremidad cuelgan un rótulo que contiene el título del libro. Se escribe solamente sobre una de las caras de cada rollo ; y para facilitar la lectura, los dividen en muchas particiones ó páginas *.

Hay copiantes de profesion que pasan la vida en trasladar las obras que llegan á sus manos ; y algunos particulares se toman este mismo trabajo por el deseo que tienen de instruirse. Demóstenes me dijo un dia, que para formarse el estilo,

* Véanse los manuscritos de Herculano.

habia copiado hasta ocho veces, por su mano, la historia de Tucídides. Con esto se multiplican los ejemplares ; pero con motivo del coste de la copia * no son bastante comunes ; de donde nace que las luces se esparzan con tanta lentitud. Se hace todavía mas raro un libro, cuando se escribe en un país lejano, y cuando trata de materias que no están á los alcances de todos. He visto que Platon, á pesar de sus correspondencias con la Italia, tuvo mucho que hacer para lograr ciertas obras de filosofia, y dar cien minas por tres obritas de Filolao **.

Los libreros de Atenas no pueden tomar esto á su cargo, ni hacer estos desembolsos ; y así tienen por lo comun un surtido de libros de pura diversion, de los cuales envian una parte á los países vecinos, y algunas veces á las colonias griegas establecidas sobre las costas del Ponto Euxino. Este comercio recibe continuamente nuevo pábulo del furor de escribir. Los Griegos se han ejercitado en todos los géneros de literatura, como se podrá juzgar por las diversas noticias que voy á dar de la biblioteca de Euclides.

Daré principio por la clase de filosofia, cuyo

* Despues de la muerte de Espeusipo, discipulo de Platon, compró Aristóteles sus libros, que eran bien pocos. y dió tres talentos, esto es, diez y seis mil y doscientas libras : (60.532 rs. vn.).

** Nueve mil libras : (55,529 rs. vn.).

origen no pasa del siglo de Solon, que florecia cerca de doscientos cincuenta años ha. Antes tenian los Griegos teólogos, y no tenian filósofos; poco atentos á estudiar la naturaleza, los poetas recogian y acreditaban por sus obras los embustes y supersticiones que reinaban en el pueblo. Pero en tiempo de este legislador, y hácia la olimpiada cincuenta *, hubo una revolucion extraordinaria en las luces. Tales y Pitágoras echaron los cimientos de su filosofía; Cadmo de Mileto escribió la historia en prosa; Tespis dió la primera forma á la tragedia, y Sarsion á la comedia.

Tales de Mileto en Jonia, uno de los siete sabios de Grecia, nació en el primer año de la olimpiada treinta y cinco **. Ocupó desde luego con distincion los empleos á que le habian llamado su nacimiento y su sabiduría. El deseo de instruirse le obligó luego á viajar por paises extranjeros. Habiéndose dedicado á su regreso al estudio de la naturaleza exclusivamente, dejó atónita á la Grecia prediciendo un eclipse de sol; y la instruyó comunicándole los conocimientos que habia adquirido en Egipto sobre la geometria y astronomía. Vivió libre, gozó pacíficamente de su reputacion, y murió sin pesar *.

* El año 580 antes de J. C.

** Hácia el año 640 antes de J. C.

Cuando era joven, le instaba su madre á que se casase, cuya instancia volvió á hacerle muchos años despues: la primera vez respondió: «no es «todavía tiempo:» la segunda, «ya no es «tiempo.»

Se citan muchas respuestas suyas, que voy á referir, porque pueden dar una idea de su filosofía, y manifestar la precision con que los sabios de aquel siglo procuraban satisfacer á las preguntas que les hacian.

¿Cuál es la cosa mas bella? — El universo; porque es la obra de Dios. — ¿La mas vasta? — El espacio, porque lo contiene todo. — ¿La mas fuerte? — La necesidad, porque triunfa de todo. — ¿La mas dificil? — Conocerse. — ¿La mas facil? — Dar consejo. — ¿La mas rara? — Un tirano que llegue á la vejez. — ¿Qué diferencia hay entre vivir y morir? — Lo mismo es uno que otro. — ¿Que es lo que puede consolarnos en la desgracia? — La vista de un enemigo mas desgraciado que nosotros. — ¿Qué se necesita para una vida irreprochable? — No hacer lo que se vitupera en otros. — ¿Qué se necesita para ser feliz? — Un cuerpo sano, una medianía de bienes, un alma ilustrada, etc., etc.

No hay cosa mas célebre que el nombre de Pitágoras, ni menos conocida que los pormeno-

** Hácia el año 548 antes de J. C.

res de su vida. Parece que en su juventud tomó lecciones de Tales y de Ferécides de Siros; que después vivió mucho tiempo en Egipto, y que si no recorrió los reinos del Asia alta, adquirió á lo menos algunas nociones de las ciencias que allí se cultivaban. Los arcanos de los misterios de los Egipcios y las continuas meditaciones de los sabios del Oriente, tuvieron tanto atractivo para su imaginacion ardiente, como tuvo para su caracter firme el régimen severo, que la mayor parte de ellos habian abrazado.

Habiendo hallado, cuando volvió, oprimida su patria por un tirano, fué á establecerse á Crotona de Italia, lejos de la esclavitud. Esta ciudad se hallaba entonces en un estado lastimoso; porque los habitantes, vencidos por los Locrienses, habian perdido el sentimiento de sus fuerzas, y no hallaban otro recurso en sus desgracias que el exceso de los placeres. Pitágoras emprendió hacer revivir su valor, dándoles sus antiguas virtudes; y de tal manera sus instrucciones y ejemplos aceleraron los progresos de la reforma, que un día las mugeres de Crotona, á impulsos de su elocuencia, consagraron en un templo los adornos preciosos con que se engalanaban.

Poco satisfecho con este triunfo, quiso perpetuarlo educando la juventud en los princi-

pios que se lo habian grangeado. Sabiendo que ninguna cosa da mas fuerza á un Estado que la sabiduría de costumbres, ni á un particular que la absoluta abnegacion de sí mismo, concibió un sistema de educacion, que para hacer las almas capaces de la verdad, debia hacerlas independientes de los sentidos. Entonces fué cuando formó aquel famoso instituto, que hasta estos últimos tiempos se ha distinguido entre las demas sectas filosóficas, del cual tendré ocasion de hablar mas adelante*.

Al fin de sus dias, y en una vejez extrema, tuvo Pitágoras el sentimiento doloroso de ver casi destruida su obra por la envidia de los principales ciudadanos de Crotona. Preciado á huir, anduvo errante de ciudad en ciudad hasta el punto en que la muerte, terminando sus desgracias, hizo callar á la envidia, y restituyó á su memoria los honores que el recuerdo de la persecucion llevó al exceso.

La escuela jónica debe su origen á Tales; la itálica á Pitágoras: estas dos han formado otras, de que han salido hombres grandes. Euclides, al reunir sus escritos, habia tenido el cuidado de distribuirlos con relacion á los diferentes sistemas de filosofia.

En seguida á algunos tratados, quizá mal atri-

* Véase el capítulo LXXV.

buidos á Tales, se veían las obras de los que se han trasmitido su doctrina, y han sido sucesivamente puestos á la cabeza de su escuela. Tales son Anaximandro, Anaxímenes, Anaxágoras, el primero que enseñó filosofía en Atenas, y Arquélao, maestro de Sócrates. Sus obras tratan de la formación del universo, de la naturaleza de las cosas, de la geometría y astronomía.

Los tratados que seguían, tenían mas relación con la moral; porque Sócrates y sus discípulos se emplearon menos en la naturaleza en general, que en el hombre en particular. Sócrates no dejó escrito mas que un himno en honor de Apolo, y algunas fábulas de Esopo, que puso en verso cuando estaba en la cárcel, las cuales dos piecitas hallé en la biblioteca de Euclides, juntamente con las obras que salieron de la escuela de este filósofo. Casi todas están en forma de diálogo, en que Sócrates es el principal interlocutor, porque el propósito es recordar en ellas sus conversaciones. Vi los diálogos de Platon, los de Alexámenes, anteriores á los de Platon, los de Xenofonte, los de Esquines, Criton, Simon, Glaucon, Simias, Cebes, Fedon, y Euclides que fundó la escuela de Megara, dirigida hoy por su discípulo Eubúlides.

De la escuela de Italia ha salido mucho mayor número de escritores que de la de Jonia. Además de algunos tratados que se atribuyen á Pitágo-

ras, y no parecen auténticos, se encontraban en dicha biblioteca de Euclides casi todos los escritos de los filósofos que siguieron ó modificaron su doctrina.

Tal fué Empédocles de Agrigento, á quien los habitantes de esta ciudad ofrecieron la corona, y quien prefirió á ella establecer entre ellos la igualdad. Dotado de un talento que le ponía á la par de Homero, engalanó con los encantos de la poesía las materias mas abstractas, y adquirió tal nombre, que fijaron en él los ojos todos los Griegos reunidos en los juegos olímpicos. Decía á los Agrigentinos: «vosotros corredreis tras los placeres, como si hubieseis de morir mañana; y edificais vuestras casas, como si nunca hubieseis de morir.»

Tales fueron también Epicarmo, hombre de ingenio, como lo son por lo comun los Sicilianos, el cual cayó en desgracia del rey Hieron, por haber usado de una expresión indecente delante de la esposa de este príncipe; y se grangeó la enemistad de los demás filósofos, por haber descubierto en sus comedias el secreto de sus dogmas; Ocelo de Lucania, Timeo de Locres, autores menos brillantes, pero mas profundos y exactos que los primeros; Arquitas de Tarento, famoso por sus importantes descubrimientos de maquinaria, Filolao de Crotona, uno de los primeros griegos que hicieron

mover la tierra al rededor del centro del universo; Eudoxio, á quien he visto muchas veces en casa de Platon, y fué á un mismo tiempo geómetra, astrónomo, médico y legislador; sin hablar de un Ecfanto, de un Alcmeon, de un Hipaso, y de otros muchos, tanto antiguos como modernos, que vivieron en la oscuridad, y han adquirido celebridad despues de su muerte.

Llamó mi atencion uno de los estantes, que contenia una coleccion de libros de filosofia, todos compuestos por mugeres, quienes por la mayor parte siguieron la doctrina de Pitágoras. Ví allí el Tratado de la sabiduría por Perictiona; obra en que brilla una metafísica luminosa. Euclides me dijo, que Aristóteles le apreciaba mucho, y que pensaba tomar de él las nociones sobre la naturaleza y accidentes del ente.

Añadió que la escuela itálica habia difundido mas luces sobre la tierra, que la jónica; pero que habia dado en errores, de que era natural se apartase su rival. En efecto, los dos hombres grandes que las fundaron, pusieron en sus obras el sello de su ingenio. Tales, distinguido por una razon profunda, tuvo por discipulos á unos sabios que estudiaron la naturaleza por caminos sencillos; y al fin su escuela produjo á Anaxágoras, y la teología mas sana; á Sócrates, y la mas pura moral. Pitágoras, dominado de una imaginacion fuerte, fundó una secta de piadosos

entusiastas, que al principio no vierón en la naturaleza mas que proporciones y armonías; y pasando despues de un género de ficciones á otro, dieron origen á la escuela de Elea en Italia, y á la mas abstracta metafísica.

Los filósofos de esta última escuela se pueden dividir en dos clases: unos, como Xenófanes, Parménides, Meliso y Zenon, se dieron á la metafísica; otros, como Leucipo, Demócrito, Protagoras, etc., se dedicaron á la física.

La escuela de Elea debe su origen á Xenófanes de Colofon en Jonia*. Desterrado de su patria, que habia celebrado en sus versos, fué á establecerse á Sicilia, en donde, para mantener su familia, no tuvo otro recurso que cantar públicamente sus poesías, como lo hacian los primeros filósofos. Desaprobaba los juegos de suerte, y habiéndole uno tratado por esto de espíritu debil y lleno de preocupaciones, respondió: «soy el mas debil de los hombres para acciones de que tendria que avergonzarme.»

Parménides, su discípulo, era de una de las mas antiguas y ricas familias de Elea. Dió á su patria tan excelentes leyes, que los magistrados obligan todos los años á los ciudadanos á jurar su observancia. Disgustado despues del crédito y de la autoridad, se dedicó enteramente á la

* Nació hácia el año de 556 antes de J. C.

filosofía, y pasó el resto de sus días en el silencio y la meditacion. La mayor parte de sus escritos están en verso.

Zenon de Elea, que fué su discípulo, y á quien adoptó, vió levantarse un tirano en una ciudad libre, conspiró contra él, y murió sin querer declarar quiénes eran sus cómplices. Este filósofo estimaba al público tanto cuanto se estimaba á sí mismo. Su alma tan firme en el peligro, no podia sufrir la calumnia. Decia: « para ser insensible al mal que se dice de mi, seria necesario que lo fuese tambien al bien. »

Ha habido entre los filósofos, y principalmente entre los de la escuela de Elea, algunos que han tomado parte en la administracion del Estado, como Parménides y Zenon. Otros han mandado ejércitos: Arquitas logró muchas ventajas al frente de las tropas de los Tarentinos: Meliso, discípulo de Parménides, venció á los Atenenses en un combate naval. Estos ejemplos, y otros que se podrian citar, no prueban que la filosofía basta por sí sola para formar grandes políticos y grandes generales; solamente muestran que un político y un general pueden cultivar la filosofía.

Leucipo se separó de los principios de Zenon su maestro, y comunicó los suyos á Demócrito de Abdera en Tracia.

Este último habia nacido en la opulencia; pero únicamente se reservó una parte de sus bienes para viajar, como Pitágoras, por los pueblos que los Griegos tratan de bárbaros, y que tenían el depósito de las ciencias. Cuando volvió de su viage, le mantenía un hermano á quien habia cedido sus bienes, atendiendo á sus necesidades, reducidas á lo único necesario; y para precaver el efecto de una ley, que privaba de sepultura al ciudadano convencido de haber disipado la herencia de sus padres, Demócrito leyó, en presencia de los ciudadanos de Abdera, una obra que le concilió su estimacion y su admiracion. Pasó el resto de sus días en un retiro profundo: dichoso porque tenia una gran pasion, que podia satisfacer siempre; la de instruirse con sus reflexiones, é instruir á los demas con sus escritos.

Protágoras, nacido de padres pobres y empleados en obras serviles, fué descubierto y educado por Demócrito, que conoció y extendió su ingenio. Este es aquel mismo Protágoras, que llegó á ser uno de los mas ilustres sofistas de Atenas, donde se habia establecido; dió leyes á los Turios de Italia, escribió sobre la filosofía, fué acusado de ateismo, y desterrado de la Atica. Sus obras, de que se hizo una pesquisa severa por las casas de los particulares, fueron quemadas en la plaza pública.

Yo no sé si una singularidad que siempre me ha causado admiracion, se debe atribuir á las circunstancias de los tiempos, ó á la naturaleza del espíritu humano; y es que, desde que aparece en una ciudad un hombre de ingenio, ó de talento, se ven luego ingenios y talentos, que sin eso, acaso nunca se hubieran manifestado. Cadmo y Tales en Mileto, Pitágoras en Italia, Parménides en Elea, Esquiles y Sócrates en Atenas, crearon, por decirlo así, en estas diferentes regiones, unas generaciones de espíritus, émulos por igualar ó exceder á sus modelos. La misma Abdera, esta pequeña ciudad tan nombrada hasta aquí por la estupidez de sus habitantes, apenas había producido á Demócrito, cuando vió aparecer á Protágoras, á quien sucederá otro de la misma ciudad, llamado Anaxarco, que manifiesta ya las mayores disposiciones.

Entre los autores que han escrito de filosofía, no debo omitir al tenebroso Heráclito de Efeso, pues este es el nombre que ha merecido por la oscuridad de su estilo. Este hombre, de carácter sombrío, y con un orgullo intolerable, empezó confesando que nada sabia, y acabó diciendo, que lo sabia todo. Los de Efeso quisieron ponerle á la cabeza de la república, á lo que se negó, irritado porque habian desterrado á su amigo Hermodoro. Pidiéronle leyes, á lo que respondió,

que estaban muy corrompidos. Hecho odioso á todos, salió de Efeso, y se retiró á los montes vecinos, donde se alimentaba con yerbas silvestres solamente, sin sacar de sus meditacione otro placer, que aborrecer mas y mas á los hombres.

Habiendo Sócrates acabado de leer una obra de Heráclito, dijo á Eurípides que se la habia prestado: «lo que yo he entendido es excelente: «creo que lo demas lo será tambien; pero se «expone uno á ahogarse, si no es tan agil como «un buzo de Delos.»

Las obras de éstos célebres escritores estaban acompañadas de otras muchas de autores menos conocidos. Mientras yo felicitaba á Euclides de tener una coleccion tan rica, vi entrar en la biblioteca, á un hombre venerable por su rostro, edad y porte. Traia los cabellos caidos sobre los hombros, y la frente ceñida con una diadema, y una corona de mirto. Este era Calias, el hierofanta, ó gran sacerdote de Ceres, intimo amigo de Euclides, quien tuvo la atencion de presentarme á él, y prevenirle en mi favor. Despues de algunos momentos de conversacion, volvi yo á mis libros, recorriéndolos con tal asombro, que Calias lo notó, y me preguntó, si me alegraria tener algunas nociones de la doctrina que contenian. A esto le contesté enardecido: yo os responderé lo que en otro tiempo

respondió á Solon uno de mis progenitores: «yo no he dejado la Escitia, no he atravesado regiones inmensas, ni afrontado las tempestades del Ponto Euxino, sino para venir á instruirme entre vosotros.» Estoy resuelto á no salir de aquí, y voy á devorar los escritos de vuestros sabios; porque sin duda, de sus tareas deben resultar grandes verdades para la felicidad de los hombres. Calias se sonrió de mi resolución, y acaso me compadeció, como se puede juzgar por el discurso siguiente.



CAPITULO XXX.

CONTINUACION DEL CAPITULO ANTERIOR. DISCURSO DEL GRAN SACERDOTE DE CERES SOBRE LAS CAUSAS PRIMERAS.

Soñaba yo una vez, me dijo Calias, que habia sido arrojado repentinamente sobre un camino real, en medio de una muchedumbre infinita de personas de todas edades, sexos y condiciones: caminábamos precipitadamente con los ojos vendados, unos dando gritos de contento, y la mayor parte agobiados de disgustos y pesares. Yo no sabía, ni de donde venia, ni adonde iba. Preguntaba á los que iban al rededor de mí, y